

CAPITULO XIII.

EL PADRE JUAN MARIA.

El padre Juan María juzgó indispensable trasladarse á México á fin de solicitar un auxilio menos precario; estando allí supo su nombramiento para provincial de la Nueva España en remplazo del padre Manuel Pineyro, recién muerto. A pesar de sus representaciones se vió obligado á permanecer en el puerto. En esa época dirigió al virey un memorial muy notable por la elevacion de miras no menos que por la franqueza y cristiana sencillez de la expresion. Citaremos algunos de sus pasajes:—"25 de Mayo de 1705."—"A fin de dar obediencia á la orden de su majestad me tomo la libertad de hacer presente á V. E. la imposibilidad en que estamos para subsistir en la California no teniendo mas que un buque, cuando por espacio de siete años y medio tuvimos siempre tres. Sea por los accidentes del mar, ó por los que han sobrevenido en las costas, ó tal vez á consecuencia de los naufragios, y porque careciendo de instrumentos y trabajadores inteligentes, y aun de parajes á propósito, no han podido ser reparadas las averías; ello es que nos hemos visto en positivos trabajos y dificultades sin nú-

mero, porque la empresa es tan nueva que hasta ahora no han podido encontrarse medios mas aptos para llevarla á cabo; y no hubiera podido ser de otro modo aun cuando hubiésemos contado con los inmensos recursos de que pudo disponer el almirante D. Isidoro Ortando que tenia á su arbitrio el real tesoro.

De las tres grandes embarcaciones que fueron construidas para la expedicion de la California, la "Balandra" no llegó á servir, de manera que resultó en esto un gasto inútil para S. M., sin contar la pérdida de municiones y el gasto en jornales de obreros, sueldos de tropas y marineros. Los dos navíos llamados "la Capitana" y el "Almirante" no fueron de grande utilidad, y hubo que abandonar el establecimiento que se habia formado en la Paz, que es el centro de la cria de perlas, por falta de provisiones, pues el almirante no llegó á tiempo.

Se cometió además, en aquella época, la imprudencia de provocar á la vecina nacion de los guaicuros asesinando á los indigenas sentados alrededor de una gran caldera de maíz cocido que el mismo almirante les hizo servir. Se fundó un establecimiento sesenta leguas mas arriba, y en él permaneció por mas de diez meses sin que llegase bajel alguno."

A propósito de la esterilidad de la California antigua, decia: "Desde el tiempo de Fernando Cortés, y sin hablar de otros que han desembarcado en un espacio de 180 años, ha sido imposible poblarla, lo cual es una prueba cierta de que se han encontrado grandes dificultades pa-

ra ello; y si la Virgen de Loreto no hubiese cuidado de asegurar la conquista y poblacion, jamás habrianos hecho lo que se ha hecho, ó por lo menos no subsistiria. No era yo novicio cuando formé este proyecto; habia ya envejecido en los trabajos de la Nueva Vizcaya y tuve la dicha, tanto por la buena disposicion de los españoles, así soldados como paisanos, quanto por la amistad de los indigenas que logré captarme, de haber prevenido toda rebelion por parte de aquellos pueblos."

Respecto de los poderes dados á los padres se expresaba en estos términos:

"Sé por propia experiencia que sin estos poderes no hubiera podido dar un solo paso en la California, así como tambien que sin el temor que los comandantes tenian de ser depuestos del empleo, los padres no hubieran podido efectuar sus descubrimientos ni reconocer el país tan perfectamente como lo han hecho."

El padre hace en seguida una reseña de las violencias cometidas con ocasion de la pesca de perlas y la utilidad de la intervencion de los padres para reprimirlas.

"La consecuencia de estas violencias hubiera sido la rebelion de los indigenas y la pérdida del país; y habria sido tanto mas difícil reconquistarlo, quanto que no podia hacerse uso de la caballeria."

El padre hace notar las ventajas de la proteccion de los jesuitas á los soldados, quienes, debido á ella, están menos expuestos en el país á las vejaciones de sus oficiales.

"Así, un indio que pesca una hermosa perla la venderá mejor á algun soldado que al capitán. Este último mirará por ello de mal ojo al soldado y al indio. Si el soldado se rehusa á vendérsela, el capitán se enfurece y se deja llevar á culpables excesos como sucedió en tiempo de Otando, quien corrió gran riesgo de ser hecho pedazos por sus soldados y marineros."

"Podria yo agregar que, quitar ese poder á los padres, equivaldria á querer debilitar la caridad de los súbditos de S. M., cuyas contribuciones aumentan ó disminuyen á proporcion de la mayor ó menor confianza que tienen en los encargados de emplearlas. Se harian cesar tambien los socorros personales que prestan los españoles é indigenas de la Nueva Vizcaya, quienes al primer aviso de los padres, dejan su país y se embarcan para venir á encontrarnos: testigos los españoles de Sinaloa que ahora tres años nos socorrieron, igualmente los guerreros de la fiel nacion de los hiaquis que se embarcaron con sus armas en un buque, y se encaminaron á Loreto."

El padre muestra en seguida la necesidad que tienen los españoles y los indigenas de contar con la proteccion y paternal amor de los misioneros; recuerda que el almirante Ortando, á pesar de su autoridad y de las órdenes del virrey, no pudo lograr el voluntario servicio de los indigenas, ni en Sinaloa ni en Sonora, y que aquellos á quienes pudo decidir exasperaron el país con sus crímenes. En cuanto á la resolucion del consejo real en 1685, de ofrecer á la

Compañía de Jesús el tomar á su cargo la expedición de la California, que se queria abandonar, dice:

“El consejo mismo estaba tan persuadido de que el único medio de convertir y reducir á los californios, era confiar este negocio á los reverendos padres, que desechó sin dificultad la proposición que le hizo desde luego el capitán Francisco de Lucenilla para emprender la expedición por una suma mucho menor que la ofrecida á los padres.”

Después de suplicar al virey que ordenase y recomendase á los padres que se encargasen del gobierno temporal y espiritual de aquellas regiones, hace ver que ningun particular podria llenar las condiciones de la cédula, con solos los trece mil pesos asignados por el rey, á menos de ser un ignorante ó un malvado. Prevee disputas probables con los padres, que jamás sufrirían que se oprimiese á los soldados, á los marineros, y menos aun á los indígenas cristianos ó infieles. Estos, por otra parte, no dejarían de insurreccionarse. El padre insiste después sobre la distancia y la dificultad de recibir órdenes, la carestía de provisiones, que seria necesario hacer llegar de fuera, y la esterilidad del país, la escasez de colonos, que malos súbditos, en su mayor parte, excitan turbaciones y revueltas, continua luego:

“Además de los trece mil pesos, nos vimos obligados durante uno ó dos años á tener una embarcación bien abastecida y tripulada de un número considerable de marineros, á fin de re-

conocer y vigilar las costas occidentales, los puertos, las bahías y ensenadas que se encuentran allí. Recorri en esta embarcación, desde el 24^o hasta el 27^o, después de lo cual me trasladé á la costa occidental y desembarqué bajo el grado que se me designó. La embarcación que costeaba occidentalmente tenia por objeto unirse con el buque que venia de la China, y darle aviso de los corsarios que cruzaban por las costas de Nueva España.

“El estado actual de la California, agrega, es el siguiente: S. M. posee cincuenta leguas de país á lo largo de la costa, desde la bahía de la Concepción hasta Agua-Verde. Es este un lago situado á 50 leguas hácia el interior del país, mas allá de las montañas que separan los dos mares, lo cual forma mas de cien leguas de circuito. Reina tan gran tranquilidad en el país, que encontrándose los padres sin soldados, los naturales se conformaban en todo á su voluntad y obedecían las órdenes del capitán de las tropas, mostrándose dispuestos con otros 120 mas, tanto cristianos como catecúmenos y gentiles, á tomar las armas para defendernos.”

El padre menciona los nuevos descubrimientos y resultados del padre Juan Ugarte á quien los indios visitaron en aquella cadena de montañas que se extiende de un mar á otro. La California es el refugio de los españoles á quienes la tempestad arroja de la mar del Sur. “Hace dos años, dice, que setenta personas, cuyo buque naufragó, encontraron allí seguridad. Se tiene esperanza de encontrar minas muy ricas

en los cantones descubiertos y conquistados. No hay que pensar en ver á los españoles establecerse en este país, cuyos recursos son tan precarios; además, no vendrían sino atraídos por recompensas ú obligados por la fuerza, y aun cuando vinieran su presencia suscitaría reyertas con los indígenas."

Muestra en seguida brevemente la utilidad de una guarnicion y un puerto sobre la costa occidental, medio muy apreciable de salvacion para los buques que van á Filipinas. Hace notar que un gran número de pasajeros, no teniendo punto de desembarque en que pudieran refrescar las provisiones, mueren de escorbuto.

Aquí se nos presenta un nuevo testimonio de desinterés: "A fin de no ocasionar nuevos desembolsos al tesoro, dice el padre, como sucedería si se aumentasen las pensiones de los padres que han convertido á los infieles casi hasta la costa occidental, puede satisfacerse fácilmente á los deseos de S. M. y ahorrarse los gastos de una nueva guarnicion, contentándose con pagar á los padres un subsidio de 13000 pesos. Esta suma, junta con la limosna de los fieles, bastaria para hacer fructuosa la empresa."

CAPITULO XIV.

LOS JESUITAS.

Como entre los protestantes, y aun entre muchos católicos, se ha hecho costumbre el encontrar siempre malas las acciones de los jesuitas, se les imputa como crimen no haber descubierto ó revelado la existencia de minas de oro en California. Esos malos patriotas, dicen, han llevado la felonía hasta el extremo de no cuidarse de recoger los tesoros que pisaban. Por no enriquecer á su patria, no han querido enriquecerse ellos mismos. ¡Hipócritas astutos! han preferido mejor vivir entre privaciones ó perecer de necesidad mas bien que inclinarse á recoger aquel polvo, aquellas piedras que los hubieran hecho ricos para siempre.—Y no obstante, los que esto dicen acusan al mismo tiempo á los jesuitas de sórdida avaricia, de insaciable codicia; les hacen aparecer como traficantes en todos los puntos, monopolizando los almacenes y acumulando riquezas por cualesquier medios. Semejantes absurdas acusaciones no parecen dignas de seria refutacion; se destruyen por sí mismas. En este, como en otros muchos casos, la iniquidad se descubre á sí misma. Mr. Johnson, viajero circunspecto y muy estimado, dice simplemente que los jesuitas habian ocultado la existencia de

oro en California para no llamar la atención del protestantismo (1), que atraído por ese estímulo no hubiera dejado de invadir las costas occidentales de la América del Norte. Hé aquí una preciosa confesión. Queda, pues, sentado por el dicho de este honrado calvinista ó anglicano, que los jesuitas desdennan las riquezas materiales, en tanto que el amor al oro es el principal móvil que decide á la Inglaterra protestante á conquistar, y muchas veces á perseguir á los pueblos mas remotos.

El virey duque de Alburquerque no pensó siquiera en la California; pero en 1710 fué reemplazado por el duque de Linares, D. Fernando de Lancaster Nerona y Silva (2). Este tenia, lo mismo que sus antepasados, gran veneracion

1 Obsérvese una vez mas que muchos escritores confunden por ignorancia ó por malicia las dos Californias. "No es cierto que las conociesen desde hace siglo y medio; sin embargo, pertenecian á la misteriosa sociedad de los jesuitas, que, celosa de su influencia universal, temia que el protestantismo invadiese las costas occidentales de la América del Norte, como se posesionó de los terrenos situados al Este. El secreto que impuso á los miembros de la órden y su fiel observancia durante tan largo período, prueban bastante la fuerza y el peligro de su organizacion."

Blackwood's Magazine. R. B. Enero 1850.

2 Ligado al rey de Castilla, de Portugal y de Inglaterra, este personaje, hombre de eminente mérito y de grande experiencia, habia sido vicario de Italia, virey de Cerdeña y teniente general del ejército del rey de España.

por los jesuitas á quienes facilitó grandes sumas é interés en su favor á los mas ricos habitantes de México. No hizo, sin embargo, todo el bien que deseaba á las misiones, porque se le ocultaron las reales cédulas que asignaban fondos para esta empresa. Los gastos se hicieron siempre por los jesuitas, que, siendo pobres, no podian ofrecer mas que el fruto de sus trabajos y privaciones.

La inteligente actividad del padre Piccolo procuró á la mision provisiones que la salvaron. Este bienhechor de las misiones murió piadosamente en brazos del padre Francisco de Sólchaga, en Veracruz. No se olvidó de las misiones de California en su testamento.

"Es mi voluntad que de los bienes que deo se dé á las misiones de California cinco mil doblones, los cuales se pondrán á disposicion de los padres que en ellas se encuentren; en caso de que yo muera en este reino, y si falleciese en Europa, la dicha suma será entregada al agente general de la venerable sociedad de los jesuitas, para hacerla venir a estas provincias."

"Quiera Dios, le escribia el padre Salvatierra, entonces provincial, quiera Dios, mi reverendo padre, recompensaros por los socorros que habeis enviado á nuestros padres. Sin vos los habria yo encontrado muertos de hambre al llegar aquí."

¡Ah! este género de martirio que describe S. Basilio en términos tan patéticos, amagaba constantemente sus vidas, atacándolos á veces, pero

por una gracia especial no inmolando casi nunca á sus víctimas. Retrocedamos un poco.

Se habia pensado en establecer dos nuevas misiones, la una hácia el Norte, la otra en el Mediodía. Los padres Francisco Piccolo y Manuel Bassaldua encontraron la embocadura del rio que los salvajes llamaban Mulege, tras el cabo de las Virgenes; siguieron á lo largo de este rio durante algun tiempo, pero no pudiendo salvar las escarpadas montañas que se presentaron tuvieron que reembarcarse á fin de procurarse monturas que les proporcionó el padre Andrés de Cervantes. El padre Piccolo se dirigió á las misiones de Sonora á recoger colectas, mientras que el padre Bassaldua y el padre Ugarte emprendieron explorar aun el país mas allá del rio de Mulege, á través de las inaccesibles montañas situadas entre el Norte y el Noroeste de Loreto. Sus esfuerzos fracasaron de nuevo. Se reembarcaron por lo mismo hácia la bahía de la Concepcion, de allí tomaron el camino que habian comenzado á descubrir, y arribaron á S. Juan de Londó en donde encontraron al padre Salvatierra residente á la sazón en el país como visitador.

Mas tarde, en virtud de sus órdenes, se separaron los padres Ugarte: Juan se dirigió á S. Javier, Pedro á Loreto, y Bassaldua á S. Juan de Londó. El visitador recorrió todas las misiones, todas las comunidades, cautivando los corazones y ofreciéndoles en seguida á su divino Maestro. Llegó, en fin, la hora de la fundación de dos nuevas misiones. Hemos dicho que

nadie habia podido ir mas allá de la bahía de la Concepcion. Dos veces fracasó la empresa á causa de los obstáculos que oponian las montañas y la espesura de los bosques. En 1705 el padre Bassaldua logró abrir un paso por el bosque; al efecto hizo rodar grandes trozos de roca llenando con ellos los barrancos, é hizo practicable de este modo el camino para las bestias de carga, llegando así hasta los bordes del rio Mulege; allí fundó una mision dedicada á Sta. Rosalía, en memoria de dos bienhechores, Arteaga y doña Josefa Vallejo, que teniendo especial devoción á esta santa habian dejado un fondo de 12,000 pesos para la mision.

Pedro Ugarte hizo desmontar y sembrar gran porcion de terreno, enseñando la agricultura en S. Javier y multiplicando sus correrías á fin de formar comunidades. En S. Juan de Londó el padre Bassaldua agrandó considerablemente la poblacion, atrayendo á los indígenas y buscándolos como el buen pastor entre los precipicios y las montañas.

El padre Pedro Ugarte habia sido gozosamente acogido por los indígenas de Ligui, pero no tuvo por mucho tiempo otro abrigo ni mas techo que la sombra de los mesquites; después se procuró una especie de choza entretrejiendo ramajes. Formó, en fin, por procedimientos análogos, una capilla y otras chozas mas.

No referiremos en esta vez todos los medios de que se sirvió para civilizar y educar á los indígenas, y las pruebas que dió de su ardiente celo. Dedicó esta nueva mision á S. Juan Bau-

tista como testimonio de gratitud á D. Juan Bautista López que contribuyó con 1,000 pesos para su conservacion, pagando los réditos de ese capital.

CAPITULO XV.

CONVERSIONES.

Queremos hacer aperecer aquí á uno de los hombres mas distinguidos de la Compañía. Entre los hermanos coadjutores se contaba Jaime Bravo, que unia á una piedad ferviente una actividad y una inteligencia notables. Cuando el padre Pineyro, residente en México, fué nombrado visitador de la California, como el trabajo era considerable y peligroso en aquel remoto país, esto bastó para excitar el celo y santa ambicion del hermano coadjutor. Suplicó, pues, al padre Pineyro que lo llevase consigo, á lo cual accedió desde luego. Se necesitaba de una persona que ayudase á los padres y se ocupase de lo puramente temporal á fin de que ellos pudiesen tener mas libertad y dedicar mas tiempo al cuidado de las necesidades espirituales de sus neófitos. Durante catorce años Jaime desempeñó su encargo (de coadjutor temporal) con un celo y una capacidad dignas de todo elogio.

Habiéndose decidido en 1706 á fundar nuevas misiones, Bravo fué escogido para descubrir los puntos mas favorables; al efecto partió de Loreto dirigiéndose primero á S. Juan Bautista Ligui, en donde se unió al padre Pedro. Mientras visitaban juntos la costa, marchando á la cabeza de la pequeña caravana con el capitán, se llegó á ellos un indígena diciéndoles que cuatro soldados estaban á punto de espirar. ¿Cuál podria ser la causa de esta desgracia? Eso fué lo que se trató de averiguar á fin de poner el remedio oportuno. Desgraciadamente era ya tarde para dos de los soldados. Parece que estos vieron colocados sobre un buen fuego dos conchas llenas de pescados; iban á sentarse alrededor del fuego con la mira de regalarse con los pescados cuando un indígena les gritó: ¡Es veneno! Mas en vez de dar crédito á este aviso, uno de los soldados respondió: "Nada de alharaca, los españoles son inmortales".... y al punto distribuyó entre sus camaradas el contenido de las conchas, ó sea los *botates*, (cuyo hígado contiene un veneno sutil.) Dos de ellos comieron el pescado; otro solo lo masticó, mas sin tragarlo; el cuarto, mas prudente, no hizo mas que examinarlo. Todos experimentaron, no obstante, violentas convulsiones; los dos primeros murieron en menos de una hora; los otros dos presentaron un estado muy alarmante durante muchos dias; uno de estos últimos permaneció sin conocimiento por veinticuatro horas. Este doloroso accidente los obligó á renunciar á la exploracion y á volver á Ligui con

el fin de sepultar á los muertos y tributarles los últimos oficios.

En 1709 hubo necesidad de reemplazar á Pedro Ugarte con el padre Peralta, y enviar al primero á México á fin de que restableciese su salud profundamente alterada. Se le encargó de negociar lo relativo á la mision: tal era el descanso de aquellos santos jesuitas. Apenas convaleciente, volvió á sus caros trabajos, pero cayó de nuevo enfermo, tan gravemente, que fué preciso trasladarlo á las misiones del rio Hiaqui. Aun allí prestó todavía grandes servicios á la California enviando provisiones. Pedro Ugarte, su noble émulo, mereció justamente la calificación de apóstol que de él hizo el padre Salvatierra; nada dejó que no emprendiese y acabase, ningun obstáculo de que no triunfase. Predicar, ayudar en lo necesario, exhortar, explorar continuamente lugares desconocidos, bautizar, instruir, administrar, consolar á los moribundos, hacer plantíos, edificar, desmontar el terreno, reparar los caminos, reparar las embarcaciones, nada le fué extraño. De su casa hizo un seminario; en ella enseñaba las ciencias usuales, con tan buen éxito, que muchos indígenas llegaron á ser hábiles catequistas. Pedro Ugarte fundó un asilo para las jóvenes huérfanas; otro en que se enseñaban los trabajos manuales; catequizaba, y por último fundó un hospital en donde él mismo asistía á los enfermos y moribundos.

Uno de estos enfermos, entre otros, dió gran motivo de consuelo al padre Echeverría visitán-

dole. Con la mira de desterrar las ceremonias supersticiosas que los salvajes practicaban en los entierros, el padre habia establecido que los funerales se hiciesen con solemne pompa católica. El enfermo hizo su confesion general en lengua indígena; después, queriendo detener al padre visitador, le rogó en español que rezase el rosario con él y por su intencion; pidió en alta voz perdon á sus camaradas por los malos ejemplos que les hubiese dado, y expresó su deseo de morir por temor de pecar de nuevo.

Así, bajo el imperio de nuestras divinas creencias, no es necesario ser griegos ni romanos para contemplar la muerte con ojos serenos, para refugiarse á ella como á un puerto á donde no llegan las tempestades. No es difícil encontrar Polyuctes en el desierto que puedan decir como aquel, salvo el brillo de la expresion:

“Al primer empuje me condujo al puerto; y al salir del bautismo me envió á la muerte.”

El enfermo se volvió hácia sus parientes que rodeaban el lecho de muerte, los conjuro á que viviesen siempre en la piedad, después de lo cual entregó su alma á Dios haciendo actos de amor como un cristiano de los primeros siglos.

Vamos á citar un rasgo de amor paternal. Un adivino que habia visto la ternura con que el padre Ugarte trató á su hijo, no pudo resistir al ascendiente de esta caridad celestial; quiso ser bautizado tambien, se resignó á aprender el catecismo, y para dar gracias al padre por el beneficio recibido le reveló todos los prestigios de

la magia indígena. Este buen hombre recibió en el bautismo el nombre de Domingo, y su fervor llegó á ser tal que no quiso salir jamás de su casa sino para la iglesia. Poco sobrevivió á su conversion; mas este corto tiempo lo consagró por entero á la oracion.

Otro famoso adivino se convirtió igualmente. Habia fomentado diversas veces rebeliones contra los padres, pero tocado al fin por la gracia vino á Loreto, habló con el padre Ugarte derramando copiosas lágrimas y conjurandole á fin de que le administrase el bautismo. Prometia no dejar á Loreto, y el padre, enternecido, se encargó de instruirle, y le bautizó al fin el 7 de Diciembre de 1705, dia de S. Ambrosio cuyo nombre le fué puesto.

El padre Pedro Ugarte marchó á reconocer la costa del mar del Sur acompañado de 40 soldados de la nacion Hiaqui, de su jefe que quiso seguirlos y del capitán de la guarnicion de Loreto.

Algunos de estos soldados y muchos indígenas se detuvieron en S. Javier, residiendo en Sta. Rosalia; otros prosiguieron su marcha encontrando al paso un arroyo á que dieron el nombre de S. Andrés en honor del santo, cuya fiesta se celebraba ese dia; los padres celebraron misa a la orilla del arroyo.

Al acercarse al mar se vieron expuestos á grandes peligros en medio de las emboscadas y redes que los guayencos preparaban. "En medio de la hambre, de la sed, de los trabajos, de las fatigas, entre el frio y la desnudez." (II á

los cor. ver. 27.) Hicieron alto bajo un grupo de sauces; allí se dividieron en pequeñas partidas á fin de buscar algun manantial. Un mes trascurrió sin encontrar ninguno, por lo que, tanto los hombres como las bestias morian de sed. Habiendo descubierto por último un abrigo, encendieron fuego para calentarse dejando á los animales libres para que su instinto encontrase donde apagar su sed.

Llegó por fin el 8 de Diciembre y ellos continuaban siendo presa de la misma agonía. El padre Ugarte celebró misa en honor de la Concepcion, suplicando á Dios con el mayor ardor, por la intercesion de María, que no permitiese que sucumbieran en aquel bendito dia. Terminada la misa se cantó en coro las letanías de la Santísima Virgen; no habian acabado aun las piadosas invocaciones cuando se presentó á la puerta de la iglesia un indígena gritando en su idioma: "¡agua! ¡agua!" (I) Los asistentes, conmovidos y llenos de esperanza, se precipitaron al lugar indicado. Al punto se les ofreció á la vista una fuente abundante de agua, bastante para satisfacer las necesidades de hombres y bestias. ¡Cosa sorprendente! Habian pasado y vuelto á pasar por aquellos mismos lugares sin percibir ni un hilo de agua. El beneficio era inmenso, las acciones de gracias fueron solemnes.

La esterilidad de aquellas costas obligó á los

1 A la misma hora Pedro Ugarte celebraba misa en Loreto por los viajeros.

exploradores á regresar á Loreto poco tiempo después. Mayorga, que habia salido de España con el padre Rolando Digui, debia haberse embarcado en Matanchel; prefirió, no obstante, andar 400 leguas atravesando la provincia de Sinaloa y Sonora y se dirigió al puerto de Ahomé á fin de recoger los recursos necesarios para su mision. Llevó consigo cinco californios de los primeros convertidos á la fe; dejó á tres de ellos en México con la esperanza de que la belleza del culto y la magnificencia de los templos excitase en ellos respeto y estimacion que participasen luego á sus compatriotas. Uno de ellos cayó enfermo, y los cuidados paternales que los jesuitas le dispensaron no pudieron preservarlo de la mortífera influencia del clima. Atacado de una grave enfermedad, D. Santiago José expresó sentimientos de ardiente fe que edificaron á sus compañeros: “¡Dios mio! exclamaba, hacedme morir si mi vida no es, ya útil para vuestra gloria.” Murió en efecto durante la travesía de Ahomé á Loreto.

CAPITULO XVI.

EL CAPITAN RODRIGUEZ.

El padre Mayorga llegó, en fin, á Loreto, después de una furiosa tempestad. El padre

Salvatierra la describe de una manera tan viva y expresiva, que no podemos menos de citar uno de los fragmentos de su carta.

“La noche del 31 de Enero, dice, fué en extremo oscura y la tormenta era tan violenta, que nos vimos obligados á atarnos al mástil á fin de no ser arrebatados por las olas que pasaban sobre nuestras cabezas, en medio de las rocas é islas de que estabamos rodeados. Los marineros habian estado dia y medio sin probar alimento, por este motivo se hallaban tan desfallecidos y cansados que en su abatimiento abandonaron la maniobra esperando por instantes la muerte. La menor de las desgracias que podia sucedernos, era la de ser arrojados al mar. Los californios se acogian á mí como polluelos; yo tenia entera confianza en ellos, mirándolos como nuevos hijos de la Santísima Virgen, en cuyo servicio corrian aquel riesgo. En fin, puedo asegurar que aunque he viajado mucho, hasta esta vez he conocido los peligros y desgracias á que el hombre está expuesto. ¡Cuánta fe! ¡qué candor de niño, qué ternura de corazon en esta pintura de los californios agrupándose en torno del misionero como polluelos bajo el ala de la gallina que los cria, y el hemistiquio de Virgilio aplicado con tanta gracia, y el que cubre como un escudo á aquellos hijos de la Santa Virgen. Si no hay en esto una verdadera poesia, no sabemos en verdad adonde pueda encontrarse.

El padre iba acompañado del jefe militar de Loreto, el capitán Rodriguez y del padre Igna-